

## *Carta de Octavio Paz a Raúl Rangel Frías*

París, a 8 de diciembre de 1961.

Sr. Lic. Raúl Rangel Frías,  
c/o Los Laureles,  
San Pedro Garza García, N. L.

Muy querido Raúl:

Gracias por tu carta del 22 de noviembre. No he recibido aún las dos publicaciones de que me hablas. Cuando me lleguen, las leeré con mucho interés. Tu obra como Gobernador ha sido, a mi juicio, ejemplar. Lo que has hecho por la Universidad de tu Estado por sabido se calla.

Recibí, hace unos días, tu “Discurso final”, pronunciado ante los universitarios de Monterrey. Entre todo lo que dices, destaco una frase que me hace recordar nuestra juventud: “Nuestros maestros son los jóvenes”. Eso es lo que se olvida con mucha frecuencia en México –y en todas partes.

Un abrazo afectuoso,

*Octavio Paz*

## Carta de Jaime Torres Bodet a Raúl Rangel Frías

México, D. F., a 14 de agosto de 1963.

Sr. Lic. Don Raúl Rangel Frías,  
José Benítez 2190,  
Colonia Chepevera,  
Monterrey, N. L.

Mi estimado amigo:

¡Qué hermosa y noble su *Evocación de Alfonso Reyes!* La he leído, esta noche, con interés y con emoción.

Los textos incluidos por usted en su conferencia la ilustran admirablemente y hacen apreciar lo que fue, acaso, la virtud esencial de Reyes: aquélla que algunos, de la manera más injusta, se rehusaron a reconocerle en vida. Me refiero a esa mezcla de mexicanidad profunda y de universalidad innata, en la que encuentro la razón mejor de su clasicismo.

Gracias por haber escrito páginas tan certeras. Y gracias por haber adivinado el placer que me proporcionaría su amable obsequio.

Le desea todo bien su afectísimo amigo,

*Jaime Torres Bodet*

## Carta de Agustín Yáñez a Raúl Rangel Frías

15 de octubre, 1977.

Muy querido amigo Raúl:

De sorpresa en admiración, he leído *El Reyno*. Regio en cada provincia, de confín en confín, a crecientes páginas.

Qué sutil, feliz contrapunto de asuntos, tiempos, tipos, fantasías, realidades, modos expresivos, a partir del arcaico cuadro inicial, hasta el coloquio popular, tan acertado (contrapunto es arte sumo): y cuán inesperada sabiduría de composición (clave del quehacer artístico: novela o poesía, pintura, música, escultura o arquitectura): en la traza general y en los detalles: en uso del coro clásico, transcrito en cursiva. *El Reyno* es la sinfonía de Nueva Extremadura, que no dudo en comparar con la de Dvorak: *El Nuevo Mundo*.

Cuánto podría extenderse al computar impresiones, hallazgos, lecciones, que su libro me ha deparado. Lo haré personalmente, cuando nos encontremos. Espero que sea pronto.

No creo errar si auguro que, cualesquiera sean la miopía de la crítica o lo desaprensivo de la difusión, *El Reyno* alcanzará rango de obra maestra en la narrativa mexicana. Tarde o temprano. Indudablemente.

Querido Raúl, muy hondamente, calurosamente, me complace congratularme, felicitarlo por tan espléndido fruto de su talento, de su imaginación, de su perseverancia en la larga paciencia de crear.

Lo abrazo con antiguo, acendrado afecto.

Agustín Yáñez

## *Carta entreabierta a Raúl Rangel Frías*

Querido amigo:

Hace varios lustros se reunía un grupo de adolescentes en la Plaza de Colegio Civil de Monterrey, durante noches veraniegas casi interminables. Uno lo recuerdo muy bien, acababa de encontrar el doloroso desconcierto de Aliosha Karamazov en las páginas de Dostoiewski; otro había descubierto el afán desventurado de Julián Sorel en los textos de Stendhal. Había quien se entregaba desordenadamente a la lectura de la historia y quien descubrió, desde entonces, su vocación por las investigaciones económicas. Todos o casi todos, leían poemas. Todos o casi todos eran, al mismo tiempo, ingenuamente dogmáticos y candorosamente escépticos. La vida de México tenía entonces tonos sombríos y rojizos. No se había secado aún la sangre de los muertos a traición ni de los castigados por una justicia ciega y violenta; pero de las hazañas de los guerrilleros no quedaban ya sino los relámpagos perdidos de una leyenda contradictoria.

Para aquellos muchachos, obligados al estudio de la Lógica de don Porfirio Parra, México aparecía como un drama gigantesco, difícil para la inteligencia, doloroso para la emoción, terriblemente lejano de la voluntad. Parecían falsificadas las palabras y aún parecía haber sido engañada la sangre. Uno de ellos se refugió en las lecciones de Pablo de Tarso, otro en los diálogos platónicos. La Suave patria de López Velarde servía, a veces, de cándido y provisional consuelo y el recuerdo de los hombres de la Reforma era el instrumento para una posible explicación venturosa. Nadie, empero, se resignó al presente; nadie dejó huir a la esperanza de su corazón. Las muchachas, por otra parte, eran bellas, fragantes, huidizas, risueñas y optimistas. Ninguna, por fortuna, era Casandra. Nadie, dichosamente, fue Ofelia. No apareció Sonia, por ventura. Todas tenían sencillos nombres provincianos, ágiles pestañas sin reminiscencias poéticas y ojos tranquilos y francos, sin posibilidades para la

novela. Había música los viernes y todas las noches eran cálidas, con alevoso vaho vegetal disperso en el viento. A veces se escuchaba, lejano, un alarido sentimental y jactancioso o llegaba, desde esquinas remotas, el ruido de unos cuantos balazos. Greta Garbo desempeñaba conmovedores papeles dramáticos en las versiones cinematográficas de Eugenio O'Neill y Marlene Dietrich interpretaba en las películas alemanas a mujeres de la mala vida o señoras con anhelos heterodoxos. Los periódicos reproducían las bravatas de Mussolini o notificaban las reuniones en una cervecería de Múnich, encabezadas por Adolfo Hitler. Los editorialistas escribían pomposas consideraciones sobre la tensión internacional y los cronistas frívolos señalaban al trío Garnica Ascencio.

Algunos de aquellos jóvenes vinieron al barrio de San Ildefonso, en México. Aquí encontraron, en el patio de la Preparatoria, en el pasillo de la Escuela de Jurisprudencia, en los cafés de chinos y en las tabernas del rumbo, a otros jóvenes de todas partes del país con la misma inquietud. Escuchaban por la mañana las lecciones de Antonio Caso y recorrían por las tardes las calles más humildes de la ciudad, donde la miseria y la desesperanza muestran sus rostros amarillentos. El Derecho, a veces, se antojaba ilusorio, fantástica la teoría de la sociedad, engañosa la historia formal de las instituciones, irreductibles las contribuciones de la existencia nacional. Flotaba, sin embargo, un aliento vital sobre las almas de aquellos muchachos que, a la postre, encontraron los proyectos más cerca de su voluntad.

Se necesitaría mucho espacio para recordarlo todo. Las páginas de Spengler y las de Ortega y Gasset han quedado atrás. Los libros de Unamuno descansan en un rincón olvidado del librero y de los párrafos de José Eustacio Rivera, Rómulo Gallegos y Ricardo Güiraldes sólo queda el recuerdo de algunas frases. Pero el drama de México persiste con sus dimensiones gigantescas. Los adolescentes de entonces han mantenido y acrecentado su amistad a lo largo de los años y se sienten orgullosos de ello y también satisfechos de que la vida mexicana la haya hecho posible y fecundado todos los días.

Hay entre mis libros, viejo amigo, algunos que fueron tuyos y uno de tu padre admirable. Hay entre los tuyos algunos que fueron míos. Los dos tenemos libros juveniles de Juan Manuel, de Fernando, de Juan, de nuestro jamás olvidado Salvador. Son las huellas de una compañía inextinguible.

Pero no escribe esta carta el dueño de unas remembranzas sentimentales, tu antiguo compañero de proyectos y empeños, tu infatigable camarada de diálogos adonde afluyen nuestras simpatías y nuestras diferencias. Te la envía solamente un ciudadano de Nuevo León para señalar un hecho del que son testigos todos los nuevoleonenses: durante los últimos seis años se ha gobernado nuestro Estado con inteligencia, pasión y pulcritud, no desmayó tu entusiasmo, no se quebró tu serenidad, no se fatigó tu generosa índole. Pero, sobre todo, no olvidaste jamás el deber hacia el pueblo que te eligió. Hubo una administración diligente, eficaz y limpia y todas las obras públicas tuvieron un sentido popular: la edificación de la Ciudad Universitaria, la carretera a Galeana, el agua potable para Monterrey, los caminos vecinales, la energía eléctrica en los municipios, las escuelas... Una política democrática dirigida hacia la justicia y la elevación del nivel de vida de las masas populares urbanas y rurales. No lo hiciste todo, claro está, ni convertiste a Monterrey en la Atenas del siglo de Pericles. No transformaste el desierto en pradera feraz. Mas era imposible gobernar a Nuevo León como un Zeus precipitado y delirante. Sólo era necesario un ciudadano con responsabilidad plena de su misión y sus posibilidades.

Si juzgara el amigo de la juventud, nublaría mi vista ante los errores; pero he medido los tuyos como un ciudadano sin compromisos y como un periodista independiente. Son mínimos en relación con tus aciertos y dejas una obra evidente y notoria; nadie, ni tus censores más estrictos, la podrá negar.

Es grato saber que un amigo ha salido victorioso de una difícil jornada. Así lo sienten, estoy seguro, todos tus viejos amigos. Así lo sentiría, me atrevo a decirlo, Salvador Toscano, apartado de nosotros por la adversidad, pero cuyo recuerdo caminará siempre a nuestro lado. Recibe un abrazo.

*José Alvarado*